

Ángela Ixkic Duarte Bastian
Carlos Guadalupe Heiras Rodríguez
EQUIPO HUAASTECA

Sesión del 23 de junio, 2000

El 23 de junio del 2000 la Mtra. Julieta Valle Esquivel expuso y analizó el concepto de territorio a partir de los planteamientos de Gilberto Giménez, Edward Soja y Claude Raffenstein. Señaló que el espacio no es lo mismo que el territorio, sino que puede caracterizarse como su materia prima, como la realidad preexistente a todo conocimiento y a toda práctica. El territorio, por su parte, es el espacio apropiado y valorizado simbólicamente e instrumentalmente por los grupos humanos. Es una producción a partir del espacio, que se inscribe en el campo de las relaciones de poder.

En la producción territorial se ponen en juego tres operaciones: delimitación de mallas (lo que implica la noción de límite y resulta de la división del espacio en diferentes escalas), implantación de nudos (que son centros de poder o de poblamiento jerárquicamente relacionados entre sí, simbolizan la posición relativa de los actores dentro del territorio) y trazado de redes (entramados de líneas que ligan entre sí a por lo menos tres puntos, se derivan de la necesidad de los actores de relacionarse entre sí).

Conviene aclarar que para los autores de referencia, el sistema territorial constituye el envoltorio material de las relaciones de poder, y que las diferentes escalas territoriales no deben considerarse como un continuo sino como niveles imbricados o empalmados unos con otros.

Citando a Hoerner, Giménez señala que existen dos tipos de territorios: los próximos o identitarios (los más vividos), y los más vastos (hasta llegar a los de la globalización). La región aparece como la bisagra entre ambos. Los territorios culturales frecuentemente sobrepuestos a otros, son producto de la apropiación simbólico-expresiva del espacio. En ese sentido, el territorio es el lugar de la escritura geosimbólica, un tupido entramado de relaciones simbólicas.

Desde este punto de vista, el simbolismo territorial tiene varias funciones: sustentar la identidad del grupo en cuanto centro mnemónico colectivo, hacer posible la integración del territorio al propio sistema cultural y marcar visiblemente la ocupación del territorio.

Por su parte, Soja replantea la conceptualización del espacio y del tiempo apuntando a concebir la geografía humana como producto social, como fuente de conciencia y arena de la lucha social. Por esto la espacialidad como producción social debe distinguirse tanto del espacio físico de la naturaleza material como del espacio mental de la cognición y de la representación. Estos últimos son incorporados en la construcción social de la territorialidad pero no son sus equivalentes.

Reconocer que la reproducción social de la espacialidad constituye una fuente de lucha constante y de contradicción, implica entrar en una amplia discusión teórica que Soja sintetiza magistralmente. Ésta, presentada ampliamente por la expositora, le dio pie para atisbar el potencial teórico de la propuesta de Raffenstein, quien considera que el territorio es una producción social en la que se ponen en juego una serie de relaciones inscritas en el campo de poder. Y puesto que toda representación es una producción, la cartografía moderna (cuyos orígenes son paralelos a la emergencia del Estado nacional) privilegia una sintaxis euclidiana que pone en juego tres elementos fundamentales: la superficie o el plan, la línea o dirección y el punto o el momento del plan. Combinando estos elementos se representa el espacio con imágenes.

La territorialidad adquiere valor social ya que refleja la multidimensionalidad de la vida territorial de una colectividad. Los hombres viven el proceso territorial y el producto territorial a través de un sistema de relaciones existenciales y productivistas. Sin embargo, debido a que la noción de territorialidad ha sido muy trabajada por los naturalistas, existe una visión generalizada que la entiende como la conducta adoptada por un organismo para tomar posesión de un territorio y defenderla de los miembros de su misma especie. Pero en realidad es un modelo de representaciones espaciales determinada por las inclusiones y las exclusiones.

La expositora concluyó afirmando que el elemento esencial es la relación con la otredad. La territorialidad es una relación triangular donde el territorio mediatiza la relación de unos hombres con otros. Puede definirse como un conjunto de relaciones, que nace en un sistema tridimensional sociedad-espacio-tiempo, orientadas a obtener la mayor autonomía posible comparable con los recursos del sistema. La territorialidad es constituida por relaciones mediatizadas, simétricas o asimétricas con el exterior. Por eso es necesario tomar distancia de las analogías con la territorialidad animal.

Las mallas, nudos y redes crean vecindades, accesos, convergencias, pero también disyunciones, rupturas y alejamientos que deben asumir los individuos y los grupos. Cada sistema produce



Veracruz • Totonaca



Estado de México • Otomí

su propia territorialidad vivida por individuos y sociedades. La territorialidad se manifiesta en todas las escalas espaciales y sociales, es consustancial a toda comunicación.

Sesión del 14 de julio, 2000

El Dr. Hugo García Valencia, a cargo de la exposición del 14 de julio del 2000, compartió una reflexión acerca de la metáfora y la metonimia. Dio inicio con la presentación del contexto en que se dieron las corrientes teóricas que han tratado el tema desde la antropología, y destacó la importancia de la multidisciplinariedad para los estudios relacionados con la cultura.

Desde diversas corrientes de la etnografía experimental –explicó–, se han cuestionado los paradigmas de la antropología clásica que buscan descubrir leyes a través de regularidades, de relaciones de causa y efecto entre los fenómenos. Se trata de un replanteamiento de los criterios de observación tanto en las ciencias sociales como en el resto de las disciplinas, a través de proponer que la observación, como tal, sucede en un contexto que debe ser objetivado dentro de la misma investigación. Dentro de esta lógica, no existe la posibilidad de una observación limpia, pura; lo que existe es un diálogo entre el investigador y el objeto de estudio.

Mediante esta reflexión se llega a una reconsideración acerca de la importancia de la complejidad. El paradigma científico se modifica, pierde validez frente a un objeto de estudio que responde y se modifica ante la mirada del investigador. La ciencia resulta insuficiente para explicar la realidad, se requiere mayor complejidad (que se puede lograr únicamente mediante la interdisciplinariedad).

Para Ferdinand de Saussure, la realidad es un continuo inabarcable como tal, que únicamente se puede abordar a partir de las diferencias y de las fragmentaciones artificiales. Para el autor mencionado existen dos mecanismos fundamentales a través de los cuales nos acercamos a la realidad: la distinción y la diferencia. A través de ambos mecanismos diferenciamos y, a partir de las diferencias, otorgamos un valor a lo observado.

La lingüística distingue las diferencias metafóricas de las semejanzas, recurriendo a dos conjuntos de relaciones: continuidad y semejanza.



Oaxaca • Zapoteca

Las formas en que podemos distinguir varían y la analogía aparece como una de las fuerzas más importantes que permiten el cambio. En este sentido, Saussure propone que las metáforas que formula el ser humano son limitadas y se circunscriben en seis conjuntos: animismo, participación, formismo, mecanismo, contextualización, organicismo. Las metáforas obedecen a formas sociales establecidas, aparecen tanto en la realidad estudiada como en la antropología misma.



Oaxaca • Mixtecos